

Manuel Puig: no regreso a Argentina por temor a caer en autocensura incontrolable

Elena Urrutia

De los autores latinoamericanos contemporáneos Manuel Puig ilustra como el que más, eso que ha dado en llamarse el boom de la narrativa latinoamericana. Porque el boom, entre otras cosas, y tal vez la más importante, es un fenómeno editorial, y la obra de Manuel Puig el mejor ejemplo de ese profundo y resonante fenómeno.

En nada más que ocho años han aparecido sus novelas *La traición de Rita Hayworth* (1968), *Boquitas pintadas* (1969), *The Buenos Aires affair* (1973) y *El beso de la mujer araña* (1976), publicadas en numerosas ediciones y vastos tirajes, y traducidas a dieciséis idiomas (inglés, francés, italiano, holandés, portugués, alemán, polaco, checo, eslovaco, húngaro, rumano, sueco, japonés, hebreo, finlandés y danés).

Sin embargo, algunos países tienen ciertas reticencias respecto a las últimas novelas y su traducción. En Hungría, por ejemplo, fue traducida no sólo *Boquitas pintadas* sino también *La traición de Rita Hayworth*, pese a cierto erotismo y ciertas situaciones que, suponiendo, no eran tópicos de interés; "pero esta situación tiende al deshielo —afirma Manuel Puig—: en Polonia se proponen sacar *El beso de la mujer araña*, y el hecho de que haya una editorial dispuesta es buena señal".

—Sin embargo —insisto—, en Hungría, el director de la sección de español de la Editorial Europa y tu traductor me hablaron de que no podrían, aunque lo deseaban, traducir tus últimas novelas. ¿Cuáles son, en concreto, las objeciones?

—*The Buenos Aires affair*, dicen, tiene un exceso de preocupación por problemas sexuales y *El beso de la mujer araña*, directamente, porque ahí la homosexualidad no existe y, por lo mismo, no interesa.

—¿No es también objetable para ellos Valentín, el activista político, y toda la subversión que entraña su participación en la guerrilla urbana?

—No, nadie se ha referido a eso; la objeción es el problema de la homosexualidad.

—Y en Argentina, Manuel, ¿también están prohibidas *The Buenos Aires affair* y *El beso de la mujer araña*?

—Ahí la represión es de otro signo: es represión de derecha.

—¿Y podrías entrar a tu país?

—Tuve una amenaza cuando ya me había ido, en 1974; de todos modos el hecho de que estos libros estén prohibidos me demuestra que ahí no encontraría una atmósfera propicia para escribir. El novelista, por lo menos, tiene el deber de ser honesto y señalar lo que le parece mal, pero en un ambiente opresivo puede producirse un fenómeno de autocensura incontrolable. Mi preocupación principal es la represión, sobre todo la represión sexual que es la madre de todas. Lo que me impulsa a escribir no es un afán de una imposición de una ideología política en particular, más bien el repliegue represivo oculto en todas las ideologías políticas. Creo en una salida socialista pero el tinte religioso del que inconcientemente se colorean grupos de avanzada, me aterra. Esto es un problema casi insoluble; para llevar a cabo cambios se necesita gente dispuesta a renunciar a la vida y sólo lo logran los que se imbuven de ese sentimiento místico tan admirable y tan peligroso. Ese desprendimiento, esa pureza puede ser imprescindible en ciertos momentos de lucha pero después, cuando se institucionaliza, puede transformarse en una actitud represiva. De todos modos, en el continente latinoamericano, las que triunfan son las represiones de derecha de modo que esta digresión mía es un tanto ociosa.

—¿Y cómo te explicas que en México, un país de un machismo tan exacerbado, *El beso de la mujer araña* haya tenido tan buena acogida? ¿Hay antecedentes en la literatura latinoamericana en el planteamiento tan directo de una relación homosexual?

—No que yo recuerde; realmente no sé. Siempre está tratado el tema de una manera muy oblicua, metafórica. A mí

me gratificó mucho la reacción en México. El libro se leyó muchísimo. Fue de los países de habla hispana donde más se leyó.

—Yo encuentro que la pareja de Molinita y Valentín va a quedar como una de las grandes parejas de la literatura. Y de tus epígonos Manuel ¿qué piensas? Siento que Mario Vargas Llosa, por ejemplo, ya desde su novela *Pantaleón y las visitadoras* estaba muy en la línea de la narrativa tuya, confirmándose más el hecho con *La tía Julia y el escribidor* que, me parece, es un fallido Manuel Puig.

—No sé qué te puedo decir. Creo que es muy difícil hablar objetivamente de un colega. El novelista, el creador de ficciones, por definición vive en un mundo propio, tiene intereses muy definidos, si no, no es un creador verdadero. Si tiene entonces intereses muy definidos, éstos son también muy limitados y no está capacitado por consiguiente para apreciar, interesarse, adentrarse, comprender el mundo de otro creador. Eso queda para mentes más analíticas como puede ser la de los críticos. Yo por eso nunca me permito un ataque a la obra de un colega. En cambio me permito, sí, elogios, porque aunque fuesen infundados, un elogio nunca daña mientras que una crítica negativa sí. A mí me han atacado muy duramente, por ejemplo Borges y Onetti, así que sé bien lo que puede molestar una inmoralidad del género.

—¿En qué ha consistido la crítica de Borges?

—Borges no lee nada que no tenga cincuenta años de escrito, pero en base a mis títulos ya me ha puesto de todos colores. Onetti, por su parte, sí me leyó; según él, sabe como escriben mis personajes pero no como escribo yo.

—¿Cuánto tiempo te llevó escribir *Pubis angelical*? ¿La has terminado ya?

—Ningún libro me dio tanto trabajo como éste, tal vez porque lo inicié en un momento muy depresivo. En el 76 dejé México porque me empezó a afectar la altura. Seguramente

lo que me habían afectado eran las postergaciones de planes teatrales y cinematográficos. Dos años antes había llegado a México y me había entusiasmado muchísimo con la posibilidad de trabajar con el cancionero popular mexicano, sobre todo en el teatro, pero inconvenientes de toda índole voltearon los proyectos. Aterrillé en Nueva York en enero de 76 con la sensación de comenzar un doble destierro. Tardé un año en encontrar el tono que buscaba para la novela. En el 77 las cosas mejoraron y sobrevino el gran golpe de suerte: Manolo Barbachano compró *Clasa* y me llamó para colaborar con él. Me encargó dos guiones que acababan de ser aprobados por él y sus directores respectivos. Arturo Ripstein hará *El impostor*, mi adaptación de un cuento fantástico-policial de Silvina Ocampo, y Juan Ibáñez dirigirá un tema de corrupción en la frontera que tiene varios títulos provisionales: *Tijuana blues*, *Recuerdo de Tijuana*, o *Traigó cruda de Tijuana*.

—Mira, es una gran responsabilidad trabajar con Barbachano porque su producción anterior ha sido de muy alto nivel: *Nazarín*, *Ralces*, *Torero*, *El gallo de oro*, etcétera. Él no quiere decepcionar en este regreso suyo al cine y el desaffo es muy fiero".

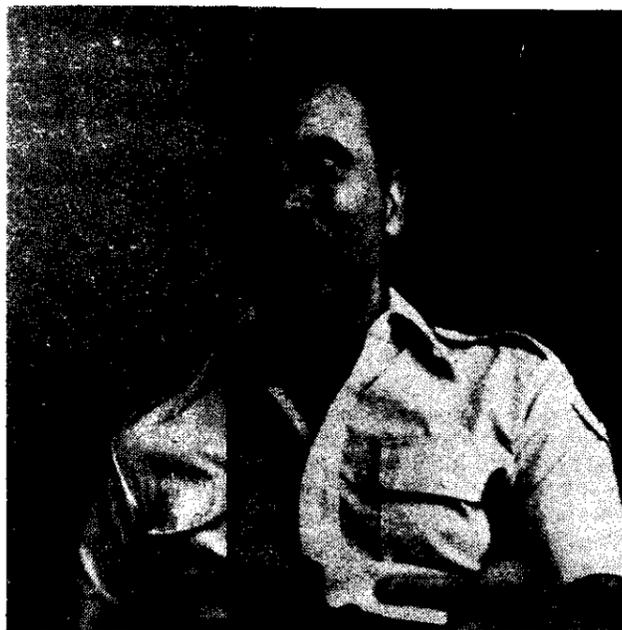
—Volviendo a *Pubis angelical*, Manuel ¿ya la entregas al editor?

—Después de dos años y medio parece que ya está. Tengo problemas todavía graves a mi entender con el capítulo nueve, pero creo que no habrá modo de mejorarse. He hecho varias versiones y ninguna me gusta.

—En el acceso que he tenido a algunas partes de tu manuscrito veo que hay un elemento nuevo: tu siempre tan realista incursión ahora, por momentos, en un espacio alegórico.

—Sí, habla zonas, sustratos inconcientes del personaje protagonista que no podía ilustrarlos de otro modo.

Pubis angelical será publicada a principios del próximo año, seguramente.



El novelista Manuel Puig.